

LENGUA ESPAÑOLA

LAS RELACIONES HUMANAS EN EL CUENTO "DE LO QUE CONTESCIO A UN MANCEBO QUE CASO CON UNA MUJER MUY FUERTE ET MUY BRAVA"

Sara SUAREZ SOLIS

(Charla para alumnos de 3º de Literatura Española de la Escuela de Magisterio)

Como todos sabréis don Juan Manuel escribe su obra en la primera mitad del siglo XIV. Nace en 1.282 y muere en 1.348. De su agitada biografía de guerrero, noble perteneciente a la familia real (nieto del rey San Fernando), inmensamente rico y señor de amplia cultura, sólo nos interesan ahora unos datos que se refieren a su relación con las mujeres, porque su particular visión del mundo femenino y de las relaciones de pareja condicionan sus relatos.

Huérfano de padre a los dos años y de madre a los ocho, dependió de ayos y preceptores, pero nos cuenta él mismo cómo fue amamantado por su propia madre, aunque "cierta vez que ella estuvo enferma, dióle de mamar una dama noble y no villana", frase en la que ya aparece una de las grandes obsesiones de don Juan: la de altecer siempre su nobleza y dejar su aristocracia incontaminada.

Contrajo matrimonio, joven, con doña Isabel, infanta de Mallorca, de la que enviudó al año. En 1.306, a los veinticuatro años, firma las capitulaciones matrimoniales con doña Constanza de Aragón, hija del rey Jaime II; pero, como la novia sólo contaba seis años de edad, se compromete a alojarla en el alcázar de Villena y no consumar el matrimonio hasta que ella cumpla doce. Efectivamente, Constanza los cumple en febrero de 1.311 y se casan en abril. Viudo nuevamente, vuelve a casarse, en 1.327, con doña Blanca de la Cerda, o doña Blanca Núñez de Lara, heredera de la poderosa familia de los Lara. Tres matrimonios de provecho y conveniencia.

Como es costumbre en su época, usa también a sus hijos para concertar lazos familiares que le aporten más honra y provecho. Primero intentó casar a su hija doña Constanza con el infante don Juan el tuerto, siendo todavía una niña, y luego con el mismo rey Alfonso XI, que acepta el compromiso; pero, cuando encontró boda más conveniente con la infanta doña María de Portugal, rompió su noviazgo y encerró a la desdichada doña Constanza en el castillo de Toro. Al fin, tras declarar la guerra al

rey traidor, su padre la casa con el infante don Pedro de Portugal, que sería rey con el nombre de Pedro IV; pero recordemos que la infeliz Constanza llevó, entre sus damas, a una de singular belleza, doña Inés de Castro, que constituyó el gran amor del rey, incluso después de muerta. Triste fue el destino de esta hija de don Juan Manuel, prometida de infantes y reyes, prisionera por motivos políticos, desdeñada por su esposo y objeto siempre de compromisos económicos y nobiliarios en los que, naturalmente, nadie le pidió opinión.

También don Juan arregló la boda de su hijo don Fernando con una hija de Ramón Berenguer, y nieta de Jaime II de Aragón.

Finalmente, su hija Juana se casa con Enrique de Trastámara y fue madre del futuro rey Juan I, con lo que la vanidad y ansia de ascenso social de don Juan Manuel hubiera quedado muy satisfecha viéndose abuelo del rey de Castilla, él, que era nieto de otro rey de Castilla; pero don Juan no vivió para verlo.

Si me he parado en estas minucias familiares, es porque, con ellas, se ejemplifica bien el objetivo fundamental del matrimonio entre las clases dirigentes de la época... y de otras épocas: el matrimonio funciona como una institución social que ha de consolidar nexos socio-económicos dentro del grupo a que se pertenece: en el caso de don Juan, el grupo de la realeza y la alta aristocracia dueña y poseedora de inmensas haciendas. Recordemos aquella frase que don Juan le escribe a su hijo en el LIBRO INFINIDO: "loado a Dios, de linage non debes nada a ninguno. Et otrosí, de la vuestra heredad podedes mantener çerca de mill caualleros, sin bien fecho del rey, e podedes yr del reyno de Navarra fasta el reyno de Granada, que cada noche posedes en villa çercada o en castiellos de los que yo he". Y continúa aconsejando a su hijo que "este estado leuedes adelante", es decir, que aún procure mejorarlo.

Por lo tanto, no cuentan para el matrimonio el amor, la atracción, la edad pareja, las afinidades de caracteres, las consideraciones sentimentales; no se admiten motivos afectivos para formar familia: hay que organizar el matrimonio para la integración de los contrayentes dentro de su grupo social, para reforzar posiciones económicas convenientes, para engendrar descendencia que, por medio de otros matrimonios igualmente convenientes, estabilicen y, si es posible, eleven el linaje del que proceden.

Ese objetivo tuvieron siempre sus propios matrimonios y los que procuró a sus hijos: acrecentar "honra y estado", es decir, subir de categoría social y de situación económica, o, al menos, no descender nunca. Parece que, toda su vida, don Juan Manuel mantuvo esta obsesión por no verse menoscabado, despreciado o pospuesto en problemas de honra y estado, palabras clave de su obra literaria.

Precisamente en el prólogo del LIBRO DE LOS ENXIEMPLOS DEL CONDE LUCANOR ET DE PATRONIO, del que vamos a ocuparnos, nos dice que lo escribió para que los "omnes fiziessen en este mundo tales obras que les fuessen provechosas de las onras et de las faziendas et de los estados; et fuessen más allegados a la carrera porque pudiessen salvar las almas". Es decir, no sólo lo escribe para que sus lectores aprendan a conseguir honores y bienes materiales, sino también la

salvación eterna. Así lo pretende el prócer noble que fue don Juan Manuel, que no duda en escalar el cielo apoyándose en riquezas y títulos, como, tampoco dudó, a lo largo de diversos episodios bélicos de su vida, en apoyarse en traiciones, crueldades y felonías. De todo hay en la vida de este ilustre compatriota del siglo XIV, hombre complejo y contradictorio, aunque gran narrador.

EL LIBRO DE PATRONIO aparece fechado el 12 de junio de 1.372, correspondiente al 1.335 de la Era Cristiana. La primera parte, la que nos interesa, fue escrita entre 1.328 y 1.332, teniendo el autor cerca de cuarenta años. Su estructura es conocida: el joven conde Lucanor, inexperto en la gobernación de sus estados y súbditos, expone a su ayo Patronio algún problema que le inquieta. Patronio le aconseja por medio de un cuento del que se deducen aplicaciones prácticas al caso que preocupa al conde. Don Juan Manuel resume la moraleja en dos versos.

Vamos ya al cuento del que ahora pretendo hablar: es el número XXXV, el DE LO QUE CONTESCIO A UN MANCEBO QUE CASO CON UNA MUGER MUY FUERTE ET MUY BRAVA, cuyo argumento supongo que todo el mundo conoce, pero, por actualizarlo, voy a resumirlo brevemente: un joven pobre no ve manera de salir de su miseria más que casándose con una mujer mucho más rica que él, pero de tan mal carácter que ningún hombre la pide en matrimonio. Contra la voluntad y consejo de su padre e, incluso, del padre de la pretendida, el mancebo la pide en casamiento. Se realiza la boda según el rito moro y, cuando los recién casados se quedan solos, el mancebo pide a su perro que les dé agua para lavar las manos; como no lo hace, lo mata despedazándolo y ensangrentando toda la casa. Repite la operación con el gato y, finalmente, con su propio caballo, su mayor y seguramente única posesión. Su mujer lo contempla aterrada y ya convencida de que eso mismo le hará a ella si no obedece; así que, cuando "volvió los ojos contra su mujer muy bravamente et díxole con grand saña, teniendo la espada en la mano: Levantadvos et datme agua a las manos", la esposa, aterrorizada, le sirve el agua, la cena y cuanto pide, y cuenta don Juan Manuel que "nunca ella fabló, mas fazía lo quel mandaban". El iracundo marido le encarga que nadie lo despierte al día siguiente y que le tenga preparado de comer. Cuando, a la mañana, los parientes se acercan a la casa creyendo que encontrarían al mancebo muerto por su fiera esposa, se maravillan del prodigio y del miedo de la mujer, así que, al enterarse de lo ocurrido "presciaron mucho al mancebo porque así supiera facer lo quel cumplía". Como irónico apéndice, el suegro intenta conseguir también la obediencia de su mujer y mata un gallo sin lograr intimidarla. Concluye el relato con la consabida moraleja:

"Si al comienço non muestras qui eres,/nunca podrás después cuando quiesieres".

No sólo es el cuento más leído de don Juan Manuel, sino el que más ha influido en obras posteriores, entre las que destaca LA FIERECILLA DOMADA de Shakespeare, que se popularizó, sobre todo en España, donde tan poco se lee, en versiones de cine: recordemos una que fue famosísima en su tiempo, protagonizada por Carmen Sevilla.

Este cuento proliferó siempre en las antologías de Literatura del Bachillerato, como si don Juan Manuel no hubiera escrito otros cincuenta; pero no es de extrañar porque, a lo largo de mi experiencia como profesora de Institutos durante casi treinta años, pude comprobar que tales antologías solían elegir textos especialmente machistas: sin duda se trataba de inculcar en los chicos su superioridad y su dominio sobre la mujer, y, en las chicas, la sumisión a que estaban obligadas por la naturaleza, la religión y las leyes. Citemos, como otro ejemplo que solía figurar, el sádico episodio de "La afrenta de Corpes", del poema de "Mío Cid", donde los infantes de Carrión amarran a las hijas del Cid, sus esposas, a unos árboles, las desnudan y las golpean salvajemente. Otro fragmento de todas las antologías: el debate entre el alcalde de Zalamea y el capitán violador, o entre el alcalde y don Lope de Figueroa, donde la hija del alcalde, Pedro Crespo, no sólo es un objeto para la violación que consuma el militar, sino que también es un objeto para su propio padre, que decide recluirla en un convento porque, pese a su inocencia, ya se ha convertido en mercancía averiada para un matrimonio conveniente, así que mejor desposarla con Dios, del que el alcalde dice, cínicamente, que es "esposo que no mira calidad". ¿Qué decir también de los episodios que solían leerse de LA CELESTINA? Con frecuencia eran los correspondientes a la mayor degradación de la mujer: los de las prostitutas Elicia y Areusa o los de las mayores trapacerías de la alcahueta. Si figuraban alguna de las cartas de don Luis de Varga, en PEPITA JIMENEZ, sería de aquellas donde la protagonista se revelaba como una coqueta calculadora y santurróna. Las bravatas y fanfarronadas de Don Juan Tenorio solían ser otra muestra obligada.

Conocido el argumento del cuento, veamos ahora a los personajes, porque una cosa es cómo dice don Juan Manuel que son los protagonistas, y otra, cómo actúan:

Durante el transcurso del cuento, el mancebo recibe grandes alabanzas, tanto del autor como de su padre, suegro y parientes.

Dice Patronio que era "el mejor mancebo que podía ser", y nos habla de que tenía "buenas maneras". El futuro suegro lo califica de "muy buen hijo". Los parientes, todos, cuando comprueban lo bien que supo domeñar a su mujer, "presçiaron mucho el mancebo".

Pero, a lo largo del relato, no se nos presenta digno de alabanzas. Aparece como un ambicioso trepador, muy frío en la toma de decisiones. Calcula perfectamente su matrimonio, porque "non era tan rico que pudiese complir tantos fechos et tan grandes como el su corazón le dava a entender que devía complir. Et por esto era él en grand cuydado, ca avía la buena voluntat et non avía el poder". Así pues, echa el ojo a a un vecino que era "omne muy más onrado et más rico que su padre, et avía una fija non más"; es decir, mucho más honorable, ilustre e importante y de mayor riqueza, y, encima, con una sola hija heredera. Como esta hija tenía muy mala fama por ser de maneras "malas e revesadas", "omne del mundo non quería casar con aquel diablo". Y aquí es donde el buen mancebo echa sus cálculos y se los comunica a su padre: puesto que es pobre y le corresponde llevar vida miserable y dura, "-menguada et lazdrada"-, mejor sería "catar algún casamiento con que pudiesse aver alguna passa-

da", es decir, disfrutar de un buen pasar por medio de una boda conveniente. Pero, en una sociedad de clases tan rígidamente estratificadas como era la española del siglo XIV, ¿cómo un hombre pobre podría casarse con mujer rica?. Solamente eligiendo a una que, por ser género defectuoso, no interesara a los de su igual, de modo que el padre, que era quien disponía de la mano de su hija, la entregara aun pretendiente de menor calidad con tal de no quedarse con ella. Y así ocurre con la mujer brava puesto que "non avía omne que, por pobre que fuesse, quisiesse casar con ella".

Nuestro calculador mancebo no entra en más consideraciones: nunca sabremos si la mujer del cuento es guapa o fea, joven o vieja, atractiva o repelente, lista o tonta. Ni siquiera parece sopesar el mancebo la posibilidad de adquirirla para convertirla en una buena madre de sus hijos (suponiendo que un diablo pudiera ser una buena madre): la descendencia parece tenerle sin cuidado al mancebo. Lo único importante es su propio bienestar.

Pero, ¿puede existir bienestar conviviendo con un demonio? No: por lo tanto, el mancebo lleva el firme propósito de domar a la mujer brava, obligarla a obedecer, taparle la boca y someterla a la voluntad de su marido. Es decir, conseguir honra, provecho, dinero, y, a la vez, dominar a su levantisca esposa por medio de toda una comedia bien montada y bien representada; pero una comedia que se convertirá en tragedia para sus víctimas.

Y, entre tanto, ¿qué es lo que sabemos de su futura mujer?. Que tenía malos modales y que ningún hombre, por pobre que fuera, quería casar con ella. Hasta tal punto se nos pondera su maldad que, cuando el mancebo va a pedir su mano al padre de la elegida, éste, muy sinceramente, le advierte contra el disparate que va a hacer, porque dice que "so cierto que, si con mi fija casasse, que o sería muerto o le valdría más la muerte que la vida". Y esto, añade, a pesar de que él, como padre, quedaría encantado de darla "a quienquier que me la saque de casa". Y tanta era la mala fama de la mujer que, a la mañana siguiente a la boda, cuando los padres, madres y parientes acuden a la casa de los recién casados y notan que todo está en silencio, "cuydaron que el novio estaba muerto o ferido".

Bien. Esto es lo que nos dicen de ella, pero ¿qué nos dice su comportamiento a lo largo del breve relato? Lo mismo que ocurría con su marido, los hechos desmienten esta presentación: ni el mancebo resulta un buen hombre, ni ella se porta como una fiera salvaje.

Parece que la mujer accede a la boda sin armar ningún alboroto. No se nos dice que se opusiera ni que se rebelara. Pero, en cuanto los recién casados se quedan solos, el mancebo ejecuta fríamente su plan, sin hablar con ella, sin permitirle decir palabra: "asentáronse a la mesa, et ante que ella ubiassel a decir cosa, cató el novio en derredor de la mesa, et vio un perro et díxol ya quanto bravamente: -Perro, danos agua a las manos".

Fijémos en la calculada crueldad con que el mozo se ensaña con su perro: como no le obedece, se va contra el animal espada en mano, y dice don Juan Manuel: "Quando el perro lo vio venir contra sí, començó a foyr, et él en pos él, saltando

amos por la ropa et por la mesa et por el fuego, et tanto andido en pos dél fasta que lo alcançó, et cortól la cabeça et las piernas et los braços, et fízolo todo pedaços et ensangrentó toda la casa et toda la mesa et la ropa".

A continuación hace algo parecido con el gato: "tomól por las piernas et dio con él a la pared et fizo dél más de çient pedaços, et mostrándol muy mayor saña que contra el perro".

Finalmente, arremete contra el caballo por no obedecer su orden de darles agua para lavar las manos, "et cortól la cabeça con la mayor saña que podía mostrar, et despedaçólo todo".

Este espantoso escarmiento, esta sangrienta carnicería, parécele muy ejemplar a don Juan Manuel y muy digna de alabanza para sentar las costuras a la supuesta mujer brava, a la que hay que enseñar obediencia antes de que se atreva siquiera a pensar en desobedecer. La saña, la crueldad y la desproporción entre el objetivo y los medios empleados para lograrlo no parecen inquietar al autor ni a los personajes. En la literatura española de la época, y de épocas posteriores, desgraciadamente, como en la vida española de la época y de épocas posteriores, también desgraciadamente, los animales no son más que objetos útiles al servicio del hombre. Aquí regía el principio bíblico de que Dios creó a los animales para nuestro provecho. Están cosificados, tratados como objetos inanimados e insensibles: una cosa, cuando ya no sirve, se tira o se rompe; un animal, también. En España todavía se mira como bichos raros a quienes aman a los animales; este amor les parece a muchos compatriotas nuestros un despilfarro sentimental: sensiblerías de solteronas histéricas. No olvidemos que, no hace demasiado tiempo todavía, se echaba a patadas de la iglesia al desdichado perro que se colaba en ella tras la gente. No olvidemos tampoco las fiestas pueblerinas (increíbles para visitantes extranjeros) donde la principal diversión consiste en martirizar animales. No olvidemos que se sigue abandonando, por las ciudades y las carreteras, los perros y los gatos que estorban, cuando no se les ahoga o se les envenena. Naturalmente, nuestro mancebo no es capaz de amar a sus animales, ni siquiera de sentir compasión por ellos. Los utiliza, los mata, los despedaza, para lograr su objetivo. Para su psicología, utilitaria y arribista, las cosas, los animales y las personas se estiman si valen para su medro y prosperidad. Así sacrifica incluso su caballo, el único que tenía, en una época en que poseer un caballo era más importante que tener hoy un coche. Despedaza este vehículo en aras de lo que considera un bien mayor: aterrorizar a su esposa. No está nuestro mancebo sobrado de amor, sino de cálculo.

Este mancebo nos ha salido maquiavélico en el peor sentido de la palabra, ya que Maquiavelo justifica el mal para conseguir un bien siempre que se cometa en beneficio del Estado, con mayúscula; es decir, el fin justifica los medios en política, pero no lo acepta Maquiavelo para lograr un provecho personal. Podemos, pues, decir que el mancebo era maquiavélico, en su acepción vulgar, antes de que surgiera Maquiavelo, un siglo más tarde. Por lo que sabemos de su vida, también fue maquiavélico el autor, don Juan Manuel, en lo individual y en lo político.

¿Cómo reacciona, ante la carnicería de animales, esta mujer tan fuerte y tan

brava, tan demonio, tan revesada, con quien se ha casado el protagonista?. Reacciona como lo haría cualquier otra mujer: cuando ve que mata al perro y al gato, "tovo que estaba loco o fuera de seso, et non dizía nada"; pero, después de presenciar la muerte del caballo, "ovo tan grand miedo, que non sabía si era muerta o biva". Y, naturalmente, cuando el marido vuelve a sentarse a la mesa "teniendo la espada sangrienta en el regaço... bolvió los ojos contra su muger muy bravamente et díxol con grand saña, teniendo la espada en la mano: -Levantadvos et datme agua a las manos. La muger, que no esperava otra cosa sinon que la despedaçaría toda, levantóse muy apriesa et diól agua a las manos".

Esta recién casada no parece ni brava ni demonio: es, simplemente, una mujer aterrorizada y temblorosa ante la furia desatada de su marido; es la típica víctima, indefensa y a merced de la fuerza bruta de un hombre, que puebla tantas páginas de nuestra literatura y de las literaturas de otros países, en relatos escritos por hombre, que, una y otra vez, presenta a la mujer vejada, humillada, esclavizada, convertida en botín sumiso de un opresor. La violación, el estupro, el castigo de la mujer que no se porta como el hombre desea, son temas esencialmente literarios durante siglos.

La mujer del mancebo ha quedado definitivamente domada, porque se nos dice: "Después mandól quel diesse de comer, et ella fízolo. Et cada quel dizía alguna cosa, tan bravamente gelo dizía et en tal son, que ella ya cuydava que la cabeça era yda del polvo. Assí passó el fecho entrellos aquella noche, que nunca ella fabló, más fazía lo quel mandaban. Desque ovieron dormido una pieça, díxol él: -Con esta saña que ove esta noche, non pude bien dormir. Catad que non me despierte cras ninguno; tenedme bien adobado de comer".

¡Triste noche de bodas! Si el mancebo no durmió bien, ¿cómo dormiría la aterrada esposa? Pero ¿qué importa su descanso? sólo importa el del marido: ella tiene que levantarse para cuidar que nadie despierte al furibundo mancebo y para tenerle preparado de comer. Este es su descanso después del matrimonio. Efectivamente, cuando aparecen por allí los parientes, ella los reprende asustada de que se acerquen a la puerta o hablen, no vaya a ser que todos acaben muertos. Y los parientes se maravillan y celebran mucho que el mancebo haya sabido "fazer lo quel cumplía et castigar tan bien su casa". Fijémenos, por cierto, que entre estos parientes están las madres y hemos de suponer que se muestran de acuerdo con el bárbaro escarmiento.

Fijémonos también en que don Juan Manuel no alude para nada, en la noche de bodas, a las relaciones conyugales entre tan original pareja; no digamos al amor, que no podría existir. Don Juan Manuel nunca escribe sobre temas sexuales: son tabú para él. Ya es proverbial su castidad literaria, que seguramente resultaría una cualidad muy estimable a la hora de seleccionar relatos para antologías de uso entre adolescentes en los pacatos años del franquismo: que los jóvenes aprendieran crueldad, discriminación sexual, violencia bruta, no importaría demasiado si lo fundamental quedaba a salvo. Y lo fundamental era la castidad. Siguiendo la sentencia de Calderón de la Barca, "y ¿qué importa errar lo menos, /quien ha acertado lo más?"

¿Por qué don Juan Manuel crea un relato con esta lección desproporcionada,

con esta evidente desmesura entre el fin que el mancebo pretende y los medios que usa para conseguirlo? Y ¿por qué, en pleno siglo XX, se presentaba como ejemplar una actitud tan despótica, tan salvaje? Porque en el relato se trata, precisamente, de colocar a cada ser humano en su puesto, obligarlo a cumplir con lo que se supone que es su deber y castigar duramente al rebelde que intente salirse del rol que tiene asignado por Dios, la Iglesia, la sociedad, la familia o quien sea. Es decir, se trata de restablecer el orden. Y don Juan Manuel fue un señor de horca y cuchillo, rígidamente ordenancista, que no estaba dispuesto a tolerar indisciplinas y levantamiento ni entre sus vasallos ni entre los personajes de sus libros.

Y la mujer fuerte y brava del cuento es, al parecer, una rebelde levantisca, una contestataria. Por lo tanto el autor crea el personaje del mancebo que le siente las costuras y la reduzca, por el terror, a la obediencia y al silencio.

Esta mujer, en la todavía primitiva sociedad medieval, intentaba, seguramente, salir de su situación subordinada asumiendo las cualidades más estimadas de la época: la agresividad y la fuerza bruta. Así buscaba parangonarse con los hombres, superar su postración por el ejercicio de la prepotencia, tal como era tónica de los varones triunfantes.

Pero la sociedad de su época, y de toda, que exigía fuerza y agresividad en el hombre, no las toleraba en la mujer. A ella se la educaba para la pasividad, la dependencia y el sometimiento. La misma Iglesia la obligaba a reconocer al hombre como su cabeza e imponía a las fieles la obediencia y la mordaza.

De modo que el sagaz mancebo se encarga de colocar a la mujer en su sitio; se adueña de su fortuna, asciende de posición gracias al matrimonio y, encima, reduce a la esclavitud y al silencio a quien le ha proporcionado tantos bienes. Y esto lo hace con el beneplácito de los padres, los parientes y la vecindad, es decir, con plena aprobación. Ha hecho un negocio redondo: ha ganado honra, provecho, bienes, servicio doméstico domesticado y, además, estima social.

La mujer, en cambio, lo ha perdido todo: queda relegada al incondicional servicio de quien la ha desposeído de sus riquezas, no goza de ninguna consideración ni compasión y tiene que tragarse su humillación y su miedo. Ha pasado de estar bajo la potestad de su padre a estar bajo la de un marido despótico y cruel.

Pero el orden vulnerado ha quedado restablecido: la situación ya es la que debe ser: el fuerte y el bravo es el hombre. La mujer, como los animales, queda cosificada: es un objeto al servicio del hombre, el cual la utilizará de forma brutal o de forma suave, pero siempre bajo su obediencia y servicio.

Don Juan Manuel nos dice que "daquel día adelante, fue aquella su muger muy bien mandada et ovieron muy buena vida". De lo primero no nos cabe duda: de allí en adelante, la mujer fue muy bien mandada. En cuanto a que tuvieron muy buena vida, hemos de suponer que la tuvo el mancebo, naturalmente, prosperando y disfrutando de la posición y fortuna de su aterrorizada esposa; pero ¿qué buena vida tendría ella? Envejecería sola, quizás, sin un marido en quien poder confiar; o, quizás, llena de hijos de aquel hombre temido y odiado; seguramente descargaría su furia, su frus-

tración y su impotencia sobre otros seres que le estuvieran sometidos: sus hijos, sus criadas; porque quien se siente esclavizado tiende a esclavizar.

En una familia, la esclavitud y cosificación de alguno de sus miembros es aniquiladora para la convivencia. Pero pedir convivencia familiar en los cuentos de don Juan Manuel es demasiado pedir, y puede que también fuera demasiado pedir en la guerrera, dura y áspera sociedad española del siglo XIV. A veces, todavía parece mucho pedir en las familias de hoy, que aún se rigen, con frecuencia, por situaciones dictatoriales.

Don Juan Manuel quiso construir un relato aleccionador. Yo creo que, efectivamente, es un relato aleccionador; pero, en las cercanías del siglo XXI, la lección ha de ser otra muy distinta de la que el autor pretendió impartirnos; la lección de hoy ha de ser opuesta: las relaciones humanas (y no sólo en la familia) ya no pueden ser relaciones de amo y esclavo, ya no pueden estar basadas en la tiranía ni en la crueldad. No en vano han pasado seis siglos y medio llenos de cambios sociales, políticos, y hasta religiosos; no en vano tratamos de vivir con otra sensibilidad.

Los cuentos del LIBRO DE PATRONIO Y EL CONDE LUCANOR siguen siendo una joya literaria porque están preciosamente escritos. Debemos seguir leyéndolos para disfrutar de su valor literario o lingüístico y para saber cómo pensaban y actuaban nuestros antepasados. Pero, sobre todo, debemos leerlos con perspectiva histórica para medir toda la distancia que el devenir de la humanidad y de España establecen entre la ideología de aquellos tiempos y la de hoy, entre las enseñanzas que se deducían en siglos pasados de su lectura, y las contraenseñanzas, opuestas, que se derivan de la misma lectura en estos tiempos, afortunadamente democráticos e igualitarios, en los que ya no podemos admitir que un ser humano busque la felicidad a costa del dolor ajeno. Esperemos que el futuro de la humanidad siga siendo cada vez menos duro, menos cruel, más humano.

